



DIRECCION Y ADMINISTRACION:
BALDERAS, 37
Director: MANUEL ALBAR
Administrador: Victor SALAZAR

Año I. - Núm. 7
NUMERO EXTRAORDINARIO

México, D. F., 4 de Mayo de 1942

Precio: 15 ctvs.

"CONFESIONES Y RECTIFICACIONES"

Discurso de Indalecio Prieto ante los socialistas españoles residentes en México

HOMENAJE A MUERTOS Y PRESOS

Hace dos años que me puse en contacto con los socialistas españoles residentes en México, en la sesión inaugural del Circulo Pablo Iglesias, que hoy figura, con la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, el Grupo Parlamentario Socialista y la Unión General de Trabajadores, como organizador de este acto. Largo ha sido el periodo de silencio. Ciertamente durante él he sido objeto de frecuentes requerimientos para hablarlos; siempre los he rehusado. Esta vez, a decir verdad, y escuchando mi ánimo, no sé cómo explicar la debilidad que me hizo ceder ante la invitación cariñosa de significados correligionarios y queridos amigos. En los dos años, ya cumplidos, hemos registrado en nuestras filas bajas tan dolorosas como las de Julián Besteiro, Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido. Suelo ser costumbre, en estas evocaciones, costumbre que nació de la otra Gran Guerra, pedir un minuto de silencio para los desaparecidos. Yo lo voy a solicitar y creo que hasta la pausa que la emoción pone en mis palabras para rendir con vosotros homenaje a nuestros mártires. (Prolongada ovación.) Claro es que escogemos sus nombres como nombres señosos, porque no son sólo ellos los hombres abnegados y virtuosos que nos han sido arrebatados. Los elijo como símbolo que sirva de recuerdo para los caídos. Y sería egoísmo exorbitante el recuerdo emocional que, para, por afanes partidistas, encuadrado dentro del marco de nuestras Organizaciones. Envolvemos en él a todos cuantos cayeron: republicanos, comunistas, anarquistas, liberales, amantes de España. Y al evocar el recuerdo de los muertos quiero también que palpite nuestra voz confiándola a las ondas herzianas para que, si fuere posible, llegue hasta las rejas de las cárceles y hasta las empalizadas de los campos de concentración. Sean nuestros presos que el corazón de los socialistas resguardados en México late al unísono con el de ellos. (Aplausos.)

La primera pregunta que me hice cuando los comisionados de las entidades citadas vinieron a requerirme para participar en este acto, fue la siguiente: "¿Qué podré yo decir en tan memorable jornada?" Otras veces, mi verbo, inflamado por mi temperamento, ha valido para enardecer a las multitudes, y otras he sido para interpretar el criterio, el parecer, la opinión del auditorio, lo cual suele ser misión preferentemente desempeñada por los oradores. Ni una ni otra cosa quiero hacer hoy. Empleo por confesiones que mi ánimo no está predestinado a la perorata ni a la sofisma, y que en las confusiones producidas por la derrota, fenómeno perfectamente explicable, no me siento con fuerzas para interpretar criterios ajenos, ni, además, quiero hacerlo. Voy, simplemente, a interpretar mi propia opinión, mi propio parecer.

Delgo de toda responsabilidad por cuanto yo diga a los organismos que han preparado este acto y a quienes advertí previamente de cual sería mi actitud al ocupar la tribuna. Lo que voy a decir, pues, representa opiniones puramente personales, que no pretendo sirvan de lema a ninguna bandera; tampoco quiero que detrás de ellas se vea el menor afán proselitista. Vengo simplemente a descargar mi conciencia en alta voz y ante vosotros como muchas veces, unas en momentos dominados por la irritación y otras avasallado por el dolor, la descarga en silencio y a solas ante mi mismo. Solicito de vosotros atención a la que creo tener derecho, porque os voy a exponer los frutos de mi propia experiencia, de la experiencia de un socialista muy veterano, veterania que no alcanza más mérito que el de haberme afiliado al Partido apenas asomado a la pubertad. Son cuarenta y tres años los que llevo militando bajo la bandera del Partido Socialista. Y esa, y otras circunstancias de las que luego hablaré, me dan derecho a exponer las observaciones recogidas a lo largo de una dilatada vida política; experiencias de la realidad, del contacto diario con la vida, del choque constante con los hombres. Si alguno de vosotros quisiera tener la exigencia de que, con brillantez o con defectos, hiciera yo una síntesis de teorías, rechazaría la reclamación, porque yo —lo digo sin jactancia, pero también sin humilde— no soy hombre de libros, soy hombre de la calle, y por eso traigo aquí eco de la calle. Tal va a ser la lección —conscientemente uso el vocablo— que pretendo daros esta tarde.

FASES DEL EGOISMO HUMANO

Permitidme —en lo que haya de erotolatría me acoto a vuestra benevolente dispensa— que dibuje una estampita por la cual se vea cómo me puse, por primera vez, en relación con las luchas sociales. Pertenezco yo en Oviedo a una familia de clase media que, por desventuras que no son del caso, se vio lanzada de aquella tranquila ciudad que "Clarín" llamó "vetusta", hasta la Bilbao que entonces empezaba a transformarse en gran urbe. Llegué a Bilbao en enero de 1891. Aún recuerdo —recuerdo evocado antes de ahora— el dolor que me produjo el ser arrojado de las montañas de la luz eléctrica hasta entonces desconocida para mí. Mis ojos se abrieron repentinamente a aquella intensísima luminosidad. La familia, con restos que todavía no eran harapos, de sus vestimentas de clase media, fué a radicarse al barrio más intensamente obrero de la villa. Alguna vez contaré lo que son las entrañas de un barrio obrero en una urbe industrial en formación. El 31 de mayo de 1891, cuando recientemente mis ocho años —recuerdo la jornada en todos sus detalles— después de desfilarse la cabalgata cascabelera del circo con la banda de música, los "clowns", los gimnastas, las "écuyeres" y, presidiendo el cortejo, el aeronauta, que era entonces ídolo de las multitudes, a poco de apagarse los ecos de la música jubilosos, estaba en el teatro la tragedia. Celebrábase en el Teatro Romea, después Casa del Pueblo, un mitin con motivo de una pequeña huelga de panaderos. Todavía Bilbao permanecía agitado por la gran huelga de 1890, huelga de mineros, la primera gran huelga en España, la huelga que resolvió justicieramente con un bando el entonces capitán general de las Provincias Vascongadas, general Loma, marqués de Oria, suprimiendo militarmente los barracones y las cantinas obligatorias, zahurdas miserables donde los obreros de las minas se veían forzados a albergarse, y sucias cantinas donde se les sometía a una alimentación antihigiénica, pues hacia los montes de Triana iban los garbanzos con gorgojo, el tocino agusanado y las alubias podridas. ¡Ah!, pero este es un detalle que formará parte de la urdimbre de mi oración. Aquella huelga de 1890 no había sido declarada contra la gran burguesía, contra el capitalismo. El capitalismo vizcaíno se contentaba con convertir en el oro de las libras esterlinas el hierro de las montañas de Vizcaya, logrando fabulosas ganancias que, amparadas por los propietarios de las minas, concluían de equilibrio a los obreros. Os pido atención en este detalle, porque el leitmotif de mi disertación lo va a constituir, si la palabra se acomoda al pensamiento, el realce, no para alabanza, sino para reconocimiento de su inefable existencia, del egoísmo humano, factor que ha de tenerse en cuenta en todas las aspiraciones sociales. La huelga fué contra obreros que explotaban a sus camaradas. Explotaciones, también inhumanas, en la urbe que crecía, y cuya población corrían en ritmo más acelerado que el de la construcción, corrían en ritmo más acelerado de miseria, a cargo de obreros que explotaban a otros obreros al subarrendar las habitaciones, logrando ganancias superiores a las que pagaban al propietario del inmueble. Entre más oyes hay un número considerable de trabajadores del campo, los cuales saben mejor que yo hasta dónde la usura, la insolidaridad, el afán inicu de explotación prende también en campesinos para estrujar a camaradas mediante los subarriendos agrícolas. No es la burguesía —desechemos tan extraordinaria simpatía— el único obstáculo al bienestar. El obstáculo más considerable es el egoísmo humano, que anda en todos los pechos, incluso en el de los humildes, que dejan de serlo cuando las circunstancias les hacen vivir, en la vida un peldaño más; en todos, en los de arriba, en los

En este número de ADELANTE, que se publica con carácter de extraordinario, recogemos el texto íntegro del discurso pronunciado por Indalecio Prieto el día 10 de Mayo en el Centro Español, ocupado totalmente por un público heterogéneo atento a la palabra del orador. Con atención debe ser leído también el discurso de Indalecio Prieto, en el que no faltan, ciertamente, motivos de meditación. De acuerdo con su propósito, Indalecio Prieto expone su pensamiento sin veladuras de ninguna clase, mérito al que sólo pueden aspirar los hombres que, como él, tienen plena conciencia de la honradez de sus ideas, juzgándose equivocadas o no, porque la verdad absoluta no le está discernida a nadie. Mucho menos cuando el criterio personal se proyecta sobre un panorama social tan complejo como el presente. Las generaciones actuales no han conocido un periodo histórico tan grave y, a la vez, tan aleccionador como el que vivimos desde hace unos pocos años. Una realidad implacable, ante la cual no valen elucubraciones, arroja luz cruda sobre los problemas de nuestra existencia colectiva. Si tuviéramos que sentar afirmaciones intangibles, elabora su verdad y la proclama implacablemente, sin perfraseo escotástico. Eso es todo. Y el discurso que editamos hoy es un centón en el que conviene fijar nuestro entendimiento. Porque incluso los que en él encuentren algo que rechazar, hallarán también no poco que aprender.

El acto fué organizado por el Circulo Cultural Pablo Iglesias, con el respaldo de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, del Grupo Parlamentario, del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores de España y de la Juventud Socialista. Al discurso de Indalecio Prieto precedieron unas palabras de salutación de Francisco Azorin, presidente del Circulo.

de abajo y en los de en medio. Sobre la indestructibilidad de ese sentimiento quiero basarme yo para disertar ante vosotros. El mundo está compuesto de hombres, no de santos. Además, la mayor parte de los santos fueron antes pecadores, acogiéndose muchos al ascetismo, para ganar la canonización, cuando se les derrumbaron las energías físicas, derrumbe que suele llevar consigo grandes desfallecimientos espirituales. Antes fueron hombres como los demás. Por tanto, serán ilusos los propagandistas y dementes los gobernantes que, al pretender la transformación de la sociedad, olviden que ésta se compone de hombres y que la mayoría de los hombres no se aben arrancarse voluntariamente del pecho el egoísmo.

TROZOS DE LA ESTAMPA

Vuelvo al relato de aquella jornada del 31 de mayo de 1891, y del desvío que han desviado las digresiones que acabé de oír. Celebrábase, como digo, en el Teatro Romea, un mitin de panaderos huelguistas. Y un policía, que por aquel hecho y por otros posteriores se hizo famoso, el inspector Marsal, suspendió violentamente el acto. Prohibió la concurrencia y uno de los protestantes, un metanista apellidado Vergara, cayó, con la sien hendida de un balazo por un disparo alevoso de Marsal, a la puerta del teatro. Corrió, encorajinado la muchedumbre contra el asesino. Corrió éste a refugiarse en el próximo cuartel de San Francisco y de allí salieron a poco las tropas, a ordenando el barrio y declarando el estado de guerra. Vivía yo en una habitación cuyo balcón daba precisamente a uno de los cruces de las calles más batidas por el tumulto. Tumbado en el suelo, agité aquella noche a las descargas cerradas de fusilería con que la fuerza pública se abalanzaba a replicar a algunas voces aisladas y audaces que se oían en la soledad de la noche. "¡Muerá la burguesía!" Al día siguiente, una sección de caballería mandada por un teniente que luego se hizo célebre en la campaña de Melilla del 94, daba cargas furiosas por las calles y a las calzadas y andenes de las puestas los caballos que lanzaban los caballos de la tropa y quedaban atropellados a la gente. En un descanso del pelotón, un hombre pequeño y magro, que llevaba arrollada debajo de la chaqueta su blusa de pintor, con audacia increíble salió de un portal navaja en mano y cortó las bridas al caballo del teniente. Echóse encima de la tropa y quedó preso. A poco el teniente, cuyo distintivo era indudablemente

la fuerza pública bajo el mando directo del gran cacique Chávarri. Y la chiquillada con audacia infantil que sólo los pocos años podían justificar, de plantarme en actitud agresiva y provisto de piedras ante una sección de millones que hacia fuego, me llevo, con mis ojos enfermos y mi blusa desgarrada, a un retén donde estaban presos varios socialistas. Recuerdo de dos: Felipe Merodio, candidato en aquellas elecciones, y Juan Redondo, que varias veces presidió la Agrupación de Bilbao. Allí, en el estrecho calabozo donde nos apiñábamos más de treinta detenidos, solicité mi ingreso en el Partido Socialista. Me dijeron que no podía ser así, porque la organización exigía la edad mínima de dieciséis años para el ingreso. Esperé a cumplirlos. Los cumplí el año 99 y desde entonces pertenezco, sin interrupción alguna, al Partido Socialista.

El año 1911, justamente hoy se cumplen treinta y un años, me posesioné del primer cargo de representación pública: el de diputado provincial de Vizcaya. Después fui, en 1915, concejal de Bilbao, y desde 1918 diputado a Cortes. En 1931 ascendí, por voluntad del pueblo español, a la gobernación del Estado, que he ejercido desde cuatro Ministerios y por cerca de cinco años. Pertenezco mucho tiempo —aun pertenezco— a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, y hoy he sido el más antiguo gran recreo espiritual al ver en las primeras columnas de nuestro semanario ADELANTE el manifiesto de 1921, en que tras las firmas de dos ilustres muertos, Pablo Iglesias y Julián Besteiro, figura también la mía como miembro de la Comisión Ejecutiva de entonces.

Gran oportunidad ha sido la de la vida pública, la de la reproducción de dicho documento, porque vale para demostrar que nuestra actitud ante el Partido Socialista es hoy exactamente la misma definida cuando se produjo la existencia comunista. La experiencia, de la cual quiero yo sacar frutos para esta lección, tiene, pues, las siguientes cifras: cuarenta y tres años en el Partido Socialista, treinta y uno en la vida pública española, y cinco en el Gobierno, parte de estos últimos durante el tiempo que me ocupé de la vida pública. Ante estos datos, creo contar con títulos suficientes para hablar de un modo personal a los obreros, a vosotros, exponiéndoles los frutos de mi experiencia, por si pueden servirlos de algo.

Vamos a examinar, a grandes rasgos, el desenvolvimiento de las luchas sociales en media centuria, en medio siglo, que a tanto abarca mi experiencia, incluyendo los años de mocedad, en que heube de limitarme a ser espectador, y sumando a ellos otros de vida plena, de vida que entregué por entero a la causa del proletariado.

FRACASO DEL SOCIALISMO CATALICO Y DEL ANARQUISMO

El año 91, a uno de cuyos días pertenece la estampita que he querido presentaros, iniciábase, en cuanto al problema social, tres corrientes: una, la marcada por otros, los socialistas; otra, la iniciada por León XIII, quien por primera vez hace presente a la Iglesia católica en las luchas sociales mediante su famosa encíclica "Rerum Novarum". De esa encíclica son estas palabras, que sintetizan la doctrina católica: "La tranquilidad y la paz han de buscarse principalmente en una abundante efusión de caridad." El documento pontificio, que llegó a hacerse famoso, tuvo una réplica contundente, aquel mismo año, en una carta abierta de Henry George al Papa, recogida en un libro titulado "La condición del trabajo"; Henry George demostraba incontestablemente que la caridad no era válida para resolver el problema, pues se estrechaba contra el egoísmo de las gentes. Si León XIII hubiese llegado a tocar el corazón de alguna clase de católicos —y no tocó el de ninguno—, los habría arruinado, sin resolver prácticamente nada, porque los problemas sociales no se rigen por corrientes sentimentales. Pensad en que grandes burgueses, con los consejos pontificios, hubieran mejorado voluntaria y espontáneamente la condición de los trabajadores de sus industrias. Pues la competencia de sus rivales les habría expulsado del mercado y la explotación de la

clase obrera habría seguido igual, sin que en el mar proceloso e infinito de la contienda social hubiese sido fructífero el sacrificio de patronos atentos a la voz del Padre de la Iglesia.

Entre la corriente socialista y la corriente católica surge briosamente otra: la anarquista, que basaba sus aspiraciones ácratas en un supuesto que yo vengo a negar esta noche, en el supuesto de que los hombres podemos alcanzar grandes perfecciones morales que nos capacitan para sacrificarnos mutuamente unos por otros. Yo digo que el altruismo, santa virtud, puede corresponder a un grupo diminuto, insignificante de hombres, que los hay, que los ha habido, y muy excelso; pero que la gran masa humana está impregnada de egoísmo, del que vengo a decir que, siendo indestructible, debe aprovecharse como elemento de progreso, evitando que sea caucharse como elemento de opresión. He ahí, en síntesis, las consideraciones que os quiero hacer.

Los dos procedimientos, tan distintos, tan opuestos, tan reñidos, el de los católicos y el de los anarquistas, eran procedimientos inútiles. Ni servían las palabras de piedad para conmover a nadie, ni era capaz la dinamita, lanzadora de metralla, de imponer pavor para que los dueños de la fortuna cedieran a las muchedumbres los destinos de la sociedad. Dos procedimientos inútiles y dos ideales inaccesibles. Durante la media centuria que alcanzan mis recuerdos personales, el socialismo católico se disipó como una quimera, sin haber dado en parte alguna resultados prácticos. Y el anarquismo es ahora simplemente la sombra de un romanticismo decadente. Junto a esos dos fracasos, absolutos e irremediables, podemos aún en medio de la intensa crisis mundial, proclamar el triunfo innegable del socialismo, expresado en los progresos conseguidos hasta la fecha. Los lemas —los circunstantes, no los del ideal remoto— de las banderas socialistas en las manifestaciones del Primero de Mayo están logrados, e incluso rebasados, merced a la acción inteligente del socialismo. Fijos en aquel que se repetía en los paños rojos: "Ocho horas de trabajo, ocho horas de instrucción, ocho horas de descanso." Eso, cuando menos en la limitación de la jornada, está obtenido, por los obreros de la ciudad, por los obreros industriales, disfrutadores de una mejora conquistada con esfuerzos y sacrificios, pero si nos acordamos que la piedra fundamental de nuestro credo es la igualdad, nos daremos cuenta de que en casi ninguna parte ha obtenido igual ventaja los obreros del campo. Y eso tampoco se corrige con la solidaridad obrera, edificio que ofrece a mis ojos míopes grandes grietas. El socialismo, al avanzar, consiguió el bienestar relativo de extensísimas masas obreras, si bien ese bienestar no está universalizado como la justicia y la igualdad demandan. El socialismo ha participado en los gobiernos de Europa, ha controlado algunos de ellos y a veces los ha dirigido. Además, el proletariado tiene ante sí, como faro luminoso, una República genuina, totalmente socialista, la República rusa, para cuyo valor, desplegado en defensa no sólo de las conquistas, sino también de las enseñanzas de libertad del mundo entero, os pido un homenaje, poniéndolos en pie. (El público, en pie, ovaciona largamente a la U. K. S. S.).

Pero es cosa, compañeros de lucha, hermanos de dolor, camaradas de exilio: el socialismo ha arrugado de tal manera en el mundo, que la misma tiranía que existe, la falangista y la fascista —para engañar a los ingenuos, tiene que disfrazarse de socialismo. (Aplausos.) No sé si elegi bien o mal el título de mi conferencia, al compendiarlo en estas palabras: "Confesiones y rectificaciones." Luego de pensar lo que iba a decir, que responde a profundas convicciones, comprendí que no estaba enunciado hubiese sido más exacto así: "Democracia y eficacia." Porque las confesiones que voy a hacer, estas y de poco interés, y las rectificaciones que he de apuntar, cuyo volumen queda a vuestra apreciación, porque yo no sé medirlo, van encaminadas, en su esfera deductiva, a lograr que la democracia sea eficaz y disminuir los estorbos que para la democracia surgen dentro de su mismo campo.

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE 1934

La primera confesión estaba implícita en mis primeras palabras, aquellas por las cuales os dije que yo podía ofrecer frutos de experiencia y no síntesis de teorías. He frecuentado poco los libros y deambulado quizá en demasía por la calle. De ello se deduce que me describi al socialismo por sentimiento, no por convicción teórica. Y si esto podía ser de absoluta legitimidad, porque yo me dedicaba a estudiar, acaso no tenga para vosotros la siguiente afirmación: sign siendo un socialista por sentimiento, y no comparto, en su integridad, todas las teorías socialistas y menos aún todos los fundamentos, supuesta o realmente científicos, de ellas. Por consiguiente, brindo a los críticos la ocasión de hundir su escabello en el estudio del Parlamento. Por indicaciones, a las que luego aludiré, hebe de trazar en el Teatro Pardiñas, el 3 de febrero de 1934, y en una conferencia que organizó la Juventud Socialista, lo que creí que debía ser el programa del movimiento. Y yo —algunos, que me están escuchando desde muy cerca, saben a que me refiero— acepté misiones que rehuyeron otros porque tras ellas asomaba no sólo el riesgo de perder la libertad, sino el más doloroso de perder la honra. Sin embargo, las asumi.

Aquel movimiento pudo haber sido innecesario. Fué inútil en cuanto a resultados prácticos y glorioso por el espíritu de sacrificio de nuestras masas, que se manifestó de manera tan heroica y sangrienta en las montañas de Asturias.

Os dije el 21 de abril de 1940 —ahora quienes me escucháis sois muchos más que entonces—, esto que traigo aquí: "El primer error —terrible error— fué el aislamiento en que nos hubimos de situar los socialistas en las elecciones de 1933, cuando, al producir, en casi todos partes, una desunión profunda con respecto a las fuerzas más sanas del republicanismo, se dió la paradoja de que, habiendo obtenido las izquierdas mayor número de sufragios que las derechas, éstas lograron mayoría en el Parlamento y se adueñaron del Poder. Los votos de las izquierdas quedaron repartidos anárquica y estupidamente en una porción de candidaturas, cuando agregados todos ellos a una sola, hubieran afirmado el nuevo Parlamento la misma voluntad izquierdista que estuvo plasmada en las Cortes Constituyentes. Error,



ACTUACION EN EL PARTIDO SOCIALISTA

Verificáronse unas elecciones municipales. El triunfo socialista en los distritos obreros fué ahogado a tiros por

